

I. "Vio Dios que era muy bueno" (Gn 1, 31), he aquí la creación bajo la mano bienhechora de Dios. También el hombre vio y se alegró de la belleza, de la compañía, de la vida exuberante. Paz, sólo paz, crear un juego de amor entre la Sabiduría creadora y la libertad creativa del hombre, no había otro proyecto en el corazón de Dios. Pero para llegar a dar a luz esta vida necesitaba de la confianza y la obediencia del hombre, necesitaba que éste caminara desde su pequeñez hasta su gloria aceptando que no todo es suyo, ni la vida misma; que no lo puede todo y que así está bien; que debe morir a su pretensión de ser absoluto para gozar del amor que le crea y le da el don de la vida plena.

II. En mitad de este camino se oyó el grito de la tierra porque el hombre agachó la cabeza, dejó de mirar a Dios y, pensando sólo en sí mismo, se sintió humillado por no poder tenerlo todo en sus manos (Gn 3, 1-6); y volvió a gritar la tierra cuando sintió que la sangre de unos corría por la codicia de otros helándole el alma (Gn 4, 3-10; 1Re 21, 1-16); y volvió a gritar porque no podía alimentar como una madre buena a todos, pues algunos se habían apropiado de casi todo dando a luz a la pobreza (Miq 2-3); y gritó de nuevo porque la enfermedad se clavó en la esperanza de la carne y ya no generaba una entrega confiada al poder salvador de Dios (Job 3, 1-26); y, por fin, gritó en un grito mortal cuando el hombre renunció a Dios como manantial de vida (Jer 2, 12-13/Ez 47, 1-12) y el pecado lo encerró en su propia pobreza, pequeñez y muerte.

III. A partir de entonces el hombre llora, antes o después, ya que está oprimido o humillado por sus hermanos, por la desesperanza al no poder culminar nunca sus obras, por la visión de las puertas de la muerte sin que pueda prolongar ni uno más de sus días.

Ciertamente mucha alegría nace cada día en el mundo, pero también diariamente la alegría va perdiendo sus colores originarios volviéndose grisácea hasta, finalmente, vestirse de luto. ¿Cuál es la alegría que permanece? (Sir 1, 1-3).

IV. Gritó la tierra, el hombre lloraba cabizbajo, angustiado y avergonzado, y el corazón de Dios se conmovió. ¿Acaso no era esa su creación? ¿Acaso no eran esos sus hijos queridos? ¿Cómo llegar a ellos, ahora que habían aprendido a desconfiar?

Habían aprendido que eran pobres, débiles, pecadores y mortales, y desde esta posición no sabían ver el don originario de la vida naciendo de Dios y comprometiéndose con ellos para hacerles compartir su misma gloria.

Miró Dios, vio. Dios nunca vuelve su mirada apartando su vista de quien le necesita. Pero, ¿cómo salir al encuentro de los hombres de tal forma que le comprendieran y pudieran acoger el camino que lleva a la paz (Lc 19, 42)? Así empezó el largo camino por el que Dios fue desnudándose de su gloria (eligiéndose un pequeño pueblo y unos hombres insignificantes) hasta aparecer en un niño que termina en la pobreza suprema de la cruz y abre con su agónica fe una esperanza de luz en medio de la oscuridad absoluta de nuestras debilidades, pecados y, finalmente, de nuestra muerte. Dios quiso abrir el camino que había de andar todo hombre con la carne de su Hijo.

El hombre comenzó a cantar un cántico nuevo (Ex 15, 1-18 / Ef 1, 3-14) que se extendió como Buena Noticia para los pobres... y la creación entera comenzó otra vez a soñar en medio de sus dolores porque ahora sabía que éstos no eran mortales, sino de parto (Rom 8, 19-30) y que la conducirían a la ciudad nueva de la vida y de la paz (Ap 21, 1-27).

V. Hay otra historia que habla de grandes explosiones y de ciclos de vida, de naturaleza haciéndose a sí misma, de leyes de economía y luchas sociales... de un dolor necesario y sin sentido, de un mundo sin más alma que las matemáticas, la física y la química. Nosotros vivimos en este mismo mundo, pero buscamos encontrarnos con aquella presencia que es su origen, que lo sostiene, lo envuelve y en la que aparece el sentido y el destino de las cosas. Nadie está obligado a creer, como tampoco a amar y, sin embargo, son la fe y el amor las únicas realidades que nos ayudan a vivir con esperanza en este "valle de lágrimas". Ésta es la historia del hombre que busca a Dios, que se pierde cada día y es encontrado de nuevo, abrazado y glorificado (Lc 15, 4-6). Una historia aún en marcha.

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

* Esta es la historia de la humanidad y quizá pueda decirse que también la historia de cada hombre. ¿Piensas que esta historia de proyecto-fracaso-debilidad-y-gloria es la de cada hombre?

→ Delante de Dios puedes intentar meditar tu propia historia con este esquema y dialogarla con Él.

* Job es invitado por Dios mismo a mirar su obra creadora como respuesta a las preguntas de su dolor (Job **38-39**). ¿Por qué crees que Dios responde así? ¿Se puede ver la grandeza de Dios en la creación cuando nuestros ojos están cegados por el dolor? ¿No parece superior a nuestras fuerzas y nuestras ganas? Sin embargo, Dios mismo pide que levantemos la cabeza y veamos la obra que ha empezado y luego nos confiemos a él.

→ Pide por ti y por otros, para que Dios nos visite en la hora de los ojos cansados, para que nos haga saber de sus trabajos en el mundo. Y repite en su presencia: *Yo confío en ti, no abandones la obra de tus manos.*

* Medita el salmo **137**.

Tierra extraña pueden ser todos los lugares donde habitamos sin encontrar la verdadera paz del corazón. *Los opresores que invitan a cantar* pueden ser todos o todo lo que nos invitan a olvidarnos de lo mejor, a conformarnos con la mediocridad: la desesperanza, las cosas materiales que ocultan las verdaderamente importantes. Son los que no quieren que pensemos en las casas de los pobres y sufrientes... *La Jerusalén a no olvidar* puede ser la ciudad de la vida y de la paz, siempre necesaria y nunca conseguida del todo, la que sólo Dios puede crear, pero la que todos debemos construir con nuestras esperanzas y trabajos.

→ Intenta dar nombres concretos (con tu vida y con la vida de nuestra sociedad) a estos símbolos que Dios nos ofrece para enseñarnos a caminar en nuestra pequeñez.

* El Dios de la Biblia es muchas veces *el Dios de las estériles*, es decir de aquellos de los que ya no se espera nada, haciendo que tenga parte importante en sus planes. Puedes leer y meditar la historia de Ana (1Sam **1**, 1-10), la de Sara (Gn **18**, 9-15; **21**, 1-7), o la de Isabel (Lc **1**, 5, 25).

→ Dios tiene para cada uno un puesto y una misión que es necesario para realizar sus planes de vida. También cuando nos creemos poca cosa o sentimos nuestra pobreza y debilidad. Pide saber descubrir el tuyo en cada momento y saber descubrir el de los demás a pesar de sus defectos y debilidades.

1. Historia del dolor y la esperanza.

Caminamos bajo tu mirada,
Dios de los cielos, siempre cercano a nuestra historia.
Llamados por ti a compartir la gloria de los ángeles
caminamos por la senda de nuestra pequeñez,
dando pasos que, al contacto con las dificultades,
nos visten de dudas y cansancios
y, a veces, de desesperación.

Caminamos buscando una compañía
que conozca el destino que nos llama y nos espera,
que aliente las vacilantes fuerzas que tenemos,
que alimente la esperanza cuando la noche se despierta.

Caminamos mirando las estrellas
y recordando tu promesa de bendición
para los hijos de Abraham.
Caminamos pronunciando tu nombre, Dios fuerte
que haces fuertes a los que se acogen a ti.
Caminamos atentos a tu mirada
que nos hace cantar con su luz
incluso en tierra árida y patria extranjera.

Caminamos y gritamos
para que atraigas a nosotros
la ciudad de la vida y de la paz.